

# Poesía leonesa última (1975-2000)

por José Enrique Martínez Fernández  
(Universidad de León)

En el sintagma “poesía leonesa” lo sustantivo es la “poesía”; el adjetivo es una acotación geográfica o sentimental, no crítica; por otro lado, los poetas leoneses de hoy nacieron a la poesía dentro de un contexto mayor, el español, en el que habría que tener en cuenta: 1º) La situación histórica tras la muerte de Franco y el establecimiento de la democracia; 2º) La aparición de los novísimos a finales de los sesenta, que venían a significar el final de la “poesía de posguerra” y el nacimiento de una nueva sensibilidad acorde con los nuevos tiempos de libertad sin censura y apertura cultural que se avecinaban; 3º) Hacia 1975 la “estética veneciana” de los novísimos, en sus rasgos más sorprendentes, puede darse por superada: cesan las rotundas negaciones de la tradición próxima y se valoran positivamente algunas líneas de los poetas del medio siglo (Gil de Biedma, Brines, Valente, Rodríguez...); 4º) En esta evolución hacia un nuevo paradigma estético confluyeron los novísimos (Gimferrer, Carnero...) y afines (Colinas, Cuenca, Carvajal, Siles, Villena...), los poetas de la misma generación que los novísimos -la del 70- ajenos a las señas culturalistas y esteticistas de sus compañeros (J. L. Panero, A. Delgado, Aníbal Núñez, Miguel d’Ors...), los poetas de la misma generación pero que empezaron a publicar después de 1975 (Sánchez Robayna, José Luis Puerto, Vicente Presa...) y los jóvenes de una nueva promoción de poetas (García Montero, Benítez Reyes, los leoneses del grupo “Barro”...); 5º) La evolución general fue del culturalismo a la vida, a la temporalización de las vivencias; fue, además, una evolución suave, sin estridencias; 6º) En los veinticinco años que comprende este trabajo hay un primer momento, hasta 1984 aproximadamente, de abandono del esteticismo en favor de nuevas opciones (neosurrealismo, nueva épica, neopurismo, realismo, poesía elegíaca, neoimpresionismo...); a partir de 1985 la “poesía de la experiencia” se convierte en tendencia mayoritaria (entre los leoneses, M. Merino, José Luna Borge, Antonio Manilla...) frente a otra poesía más experimental y minoritaria (Ildefonso Rodríguez, Miguel Suárez, Eloísa Otero...).

De los poetas leoneses aparecidos en los últimos veinticinco años, algunos están, por edad, más cerca de la generación del 70, como sucede con Domingo Caballero y José Luis Rodríguez (1949); otros, no mucho más jóvenes, pueden sentirse, o no, identificados con aquel grupo, como es el caso de Eugenio García Fernández (1951) -cuyo primer libro, *Juegos de la memoria*, aunque publicado tarde, en 1989, es paralelo en escritura a la época novísima-, Emilio Pedro Gómez (1951), Margarita Merino (1952), Jesús Díez (1952), Ildefonso Rodríguez (1952), José Antonio Panero, Vicente Presa (1952), José Luna Borge (1952), Andrés Trapiello (1953), Mercedes Castro (1953), José Carlón (1954), Antonio González-Guerrero (1954), Emilio Vega (1954), José del Río (1954), Manuel Ballesteros (1954) o Carmen Busmayor. En cualquier caso, son nombres que pueden estar en el quicio entre esa y la promoción siguiente, con nombres como Julio Llamazares (1955) -que encabezaba la relación de *Postnovísimos* (1986) de Villena-, Amparo Carballo Blanco (1955), Adolfo Alonso Ares (1956), Luis Miguel Rabanal (1957), Juan Carlos Mestre (1957), José Manuel Gutiérrez (1961) o María Fernanda Santiago (1962), hasta llegar a los más jóvenes -como Pablo Moldes (1973) o Luis Artigue (1974)-, entre cuyas voces destacan las de Pilar Blanco, que esconde celosamente su año de nacimiento, Víctor M. Díez (1968), Ana Isabel Conejo (o Ana Isabel Umbral) (1970) y Ángel Rojo (1970). Creo haber citado a la plana mayor de la poesía actual leonesa, embutiendo a los poetas *velis nolis* en estrechos marcos generacionales. Y marcos, además, con algunos desajustes, pues no sólo habría que tener en cuenta el año de nacimiento -la edad-, sino el de la aparición del primer libro. Julio Llamazares publica *La lentitud de los bueyes* en 1979, pero Llamazares fue, en el concierto de la poesía leonesa, un adelantado, como lo fue Luis Miguel Rabanal, que en 1977, a los veinte años de edad, publicó sus *Variaciones*; y adelantados fueron, en años sucesivos, Juan Carlos Mestre, que a los veinticuatro años publicó sus *Siete poemas escritos bajo la lluvia*, Marta-Esther Villa y Ana Isabel Conejo, que publicaron sendos primeros libros, *Mes lunar* (1988) y *Umbral* (1990), a los veintidós y veintitrés años respectivamente. Pero mirada en su conjunto, la poesía leonesa de estos años últimos y penúltimos ha sido una poesía de juventud madura o, sin eufemismos, de plena madurez. En efecto, es en los años ochenta cuando aparecen los primeros poemarios de casi todos aquellos poetas que por edad podrían pertenecer al grupo del setenta o, como mucho, estar en el quicio entre dos generaciones: a comienzos de los ochenta publican sus primeros libros Andrés Trapiello (*Junto al agua*, 1980); Antonio González-Guerrero (*El peso de mi sombra*, 1980), Jesús Díez

Fernández (*Antología a oscuras*, 1982) y José Carlón (*Así nació Tiresias*, 1983); al mediar la década se dan a conocer Domingo Caballero (*Autogeografías*, 1985), Carmen Busmayor (*Poemas de la urgencia*, 1985), Mercedes Castro (*Paisaje de la sangre*, 1986), Margarita Merino (*Viaje al interior*, 1986) e Ildefonso Rodríguez (*Mantras de Lisboa*, 1986); hay que esperar a 1989 para conocer los nombres de Eugenio García Fernández (*Juegos de la memoria*), José del Río (*Polifonía*) y José Luna Borge (*Las buenas costumbres*). Siguiendo estas pautas de madurez, en 1993 publica su primer poemario José Manuel Gutiérrez (*La senda de los goliardos*); en 1994 se dan a conocer Antonio Manilla con la *plaquette* titulada *Sin recuerdos ni afares* y María Ángeles Basanta con *Poemas de la inexperiencia*; Víctor M. Díez y Ángel Rojo publican sus primeras entregas poéticas, *Cordura abajo* el uno y *Turienzo* el otro, en 1996 y 1999 respectivamente. La mayoría de los citados publican su primer libro rondando la treintena o superándola con creces; de ahí que los primeros libros asombren por su granada perfección, por la ausencia de ingenuidades, vacilaciones y excesos tan frecuentes en los momentos iniciales; Margarita Merino pudo aparecer con un vigor casi desconocido en una época de tenues nostalgias decadentistas; Ildefonso Rodríguez o Eugenio García tenían una calidad de página y un sentido de la depuración y de la medida rarísimos en un primer libro; Antonio Manilla podía cultivar conscientemente la poesía de la experiencia alejándose de sus tópicos más manidos y M<sup>a</sup> Ángeles Basanta, plantear explícitamente su propio mundo poético frente al fagocitismo de la tendencia más difundida por editoriales, crítica y prensa. Desde otro punto de vista, el sociológico, el comercial o el crítico, la publicación tardía puede resultar negativa para la promoción, estudio y conocimiento de ese poeta o de esa poesía, de inmediato engullida por el empuje de los más jóvenes y acaso ignorada por la crítica, más atenta, por un lado, a la novedad estridente y, por el otro, a los poetas ya consagrados.

¿Dónde se han dado a conocer nuestros poetas últimos y penúltimos? León contó desde los años cuarenta con una notable tradición de revistas literarias que servían de trampolín a distintas promociones, grupos o grupúsculos: *Espadaña*, *Claraboya*, la efímera *Yeldo* -donde se dio a conocer, entre otros, Vicente Presa-, *Barro* -revista radiofónica que, nacida en 1975, se mantuvo hasta noviembre de 1994 y que reunió a jóvenes como Mercedes Castro, Julio Llamazares, José Carlón y Miguel Escanciano, los cuales dieron cuenta de sus creaciones líricas en el libro *Barro*, de 1976-, *Cuadernos leoneses de poesía* -donde participaron todos los nombres de *Barro*, a excepción de Mercedes Castro, con ocho números desiguales entre 1977 y septiembre de 1979- y, por fin, *Alcance* -de talante plural y abierto a las corrientes de aquí y allá, nació en 1978 de la mano de Gaspar Moisés Gómez, Ángel García Aller, Antonio Merayo y Alfonso García Rodríguez, tuvo ocho números y el último, triple, apareció en 1980 dedicado a la *Poesía leonesa hoy*-. Después ha habido algún que otro intento, pero se han quedado en aventuras pasajeras, como sucedió con *Cálamo*, *Margen*, *Derviche* y algunos otros títulos ocasionales, adscritos en general a los afares literarios de nuestros jóvenes universitarios. Hemos de citar, por otro lado, a la prestigiosa colección "Provincia", que si años atrás parecía languidecer, en los últimos tiempos quiere levantar de nuevo el vuelo, sobre todo con la publicación del ganador y los finalistas del premio "Provincia" de poesía. Una colección necesita criterio y continuidad, y eso faltó en años en que, por ejemplo, sólo publicó un título, algo que ocurrió en 1990, en que apareció, únicamente, *La senda de los goliardos*, de José Manuel Gutiérrez; en el 91 aparecieron tres, dos de ellos leoneses, *Berenice*, de José del Río, y *Sombras de un verano*, de Eugenio García; en el 92 apareció *Árbol de carne y luz*, de Carmen Busmayor. Hasta 1995 pareció hibernar. Después aparecerían títulos de suficiente calidad como para pensar que asistimos a su resurrección. La colección "Provincia" ha tenido una importancia extraordinaria para la poesía leonesa: en ella han publicado todas las promociones de poetas: Crémer, Nora, Leicea, Gaspar Moisés Gómez, Antonio Gamoneda, Antonio Pereira, Agustín Delgado, Luis Mateo Díez, José María Merino, Ángel Fierro, Antonio Colinas, Bernardino Martín Hernando, José Antonio Llamas, Julio Llamazares, José Luis Rodríguez, Juan Carlos Mestre, Luis Miguel Rabanal, Domingo Caballero, Margarita Merino, Marta-Esther Villa, Ildefonso Rodríguez, José Enrique Martínez, Santiago Trancón, José Manuel Gutiérrez, Eugenio García, Carmen Busmayor y, desde 1995, José Antonio Martínez, Eloisa Otero (por partida doble), Víctor M. Díez, Antonio González-Guerrero, José Luna Borge, los propios Rabanal y Llamas, y Adolfo Alonso Ares.

Como los demás poetas españoles, muchos de los leoneses buscan el amparo de un premio, con publicación incluida, o se deciden por la edición personal de sus obras, bajo la firma propia (edición de autor) o de alguna editorial más o menos prestigiosa (*Libertarias*, *Endymion*...). Con el premio "González de Lama", por ejemplo, se dio a conocer la Margarita Merino de *Viaje al interior*; de premios prestigiosos saben bien poetas como Andrés Trapiello, Antonio González-Guerrero, Julio Llamazares, Mercedes Castro, Adolfo Alonso, Luis Miguel Rabanal, Juan Carlos Mestre, María Ángeles Basanta, Pilar Blanco o Ángel Rojo.

Cabe aludir ahora al agobio que produce el acercamiento crítico a número tan crecido de poetas y poemarios. Y no he nombrado a todos. Algunos (Hilario Franco, Luis Federico Martínez, Isabel Viñuela, Mercedes Arroyo, Ana Andrés...) parecen haberse reducido a algunas obras primeras. La abundancia podría hacer creer que León es el centro de la poesía española. Contamos con figuras consagradas, pero los poetas jóvenes leoneses aparecen escasamente representados en las antologías de poesía última. Repasando la mayoría de ellas (1) resulta que sólo seis poetas -si mi recuento no miente- aparecen seleccionados: Andrés Trapiello, Julio Llamazares, Eloísa Otero, Antonio Manilla -dos veces cada uno-, Ruth Toledano e Ildefonso Rodríguez (añadamos si queremos, por proximidad física -vive en León-, a José Luis Puerto). En la muy generosa antología *Milenio* (1999), con casi 70 poetas antologados, no aparece ningún leonés, y entre los 150 poetas nacidos con posterioridad a 1955 que Basilio Rodríguez Cañada recoge en las páginas finales, sólo aparecen dos leoneses, Ruth Toledano, en Madrid desde niña, y Juan Carlos Mestre. No sacaré conclusiones que, en todo caso, servirían para relativizar los puntos de vista y evitar el bobo ensimismamiento.

La poesía que sigue a los novísimos ha sido calificada de abierta, plural y tolerante. El pluralismo como signo de la postmodernidad significa negación de exclusivismos, razonable eclecticismo, armonización de distintos puntos de vista... Pero pluralismo es sinónimo de diversidad, algo propio de todos los tiempos. Conviene, por lo tanto, trazar líneas delimitadoras, ante la imposibilidad de individualizar los rasgos de cada poeta. Los criterios clasificadores son, indudablemente, convencionales y ocasionales. Y no hay por qué negar que algunas voces son de difícil adscripción.

Luis Antonio de Villena estudió en la antología *Fin de siglo* (1992) “el sesgo clásico en la última poesía española”, entendiendo que “la tradición clásica (lírica) es (aparte de *topoi*, de citas o referencias directas) un poema elegíaco, experimental y de fabricación culta, sea en el mismo utillaje retórico, sea en las alusiones mitológicas o librescas”. El marbete de retorno a la tradición clásica es tan abarcador que nos permite usarlo lo mismo para Colinas, con su poética de la plenitud, que para los neomodernistas (Trapiello) y los de la experiencia, con esos rasgos que se les suponen de claridad, cotidianidad, tono elegíaco, evocación del pasado, paisajismo, actitud sentimental, alusiones familiares, vitalismo hedonista... Según esto, nada nos impediría hablar aquí, por ejemplo, de Vicente Presa -adscrito inicialmente al “sensismo”, como forma de salir del “escapismo” novísimo-, que, a pesar de la libertad verbal exhibida en *Teoría de los límites* (1980), reafirmaba en el prólogo la necesidad de continuar la tradición, situándose en *Arena de memoria* (1985), libro de tono contenido, neorromántico, dentro de lo que él llamaba “desnuda pureza”, con el fin de “expresar lo que se lleva dentro, sin molduras, sin ambages”, con la noble ambición de “devolverles el sentido universal a las pasiones”. Y hablaríamos aquí de Antonio González-Guerrero, que desde el verso libre de sus primeros libros ha ido avanzando hacia el poema de versos medidos que observamos a partir de *Génesis del recuerdo* (1985), hasta sus últimas obras, *Memoria de la desesperanza* (1987), *Poemas del corazón ausente* (1991), *Bajo la agria luz de los cerezos* (1994), *Tomaré nuevamente la palabra* (1997), *Pentagrama de junio* (1999) y *Recurso a la memoria* (2000), en las que con tono melódico bien llevado poetiza el sentido elegíaco de la realidad y la evocación nostálgica de un paisaje vivido y de un tiempo recordado. Aquí cabría también Margarita Merino, cuya “experiencia” vital se vierte en la palabra vigorosa de *Viaje al interior* (1986); al vigor, a la fuerza totalizadora del primer libro, unió Margarita Merino un profundo sentido elegíaco en forma de reflexión dolorida, evocación, proyectos abocados al fracaso... *Baladas del abismo*

---

(1) Benegas, N. & Munárriz, J. 1997. *Ellas tienen la palabra. Dos décadas de poesía española*. Madrid: Hiperión.

Buenaventura, R. 1985. *Las diosas blancas. Antología de la joven poesía española escrita por mujeres*. Madrid: Hiperión.

Correyero, I. 1998. *Feroces. Radicales, marginales y heterodoxos en la última poesía española*. Barcelona: DVD.

García Martín, J. L. 1980. *Las voces y los ecos*. Madrid: Júcar.

1988. *La generación de los ochenta*. Valencia: Mestral.

1998. *Selección nacional. Última poesía española*. Gijón: Libros del Peixe.

1999. *La generación del 99*. Oviedo: Nobel.

García-Posada, M. 1996. *La nueva poesía (1975-1992)*. Barcelona: Crítica.

Ortega, A. 1994. *La prueba del nueve*. Madrid: Cátedra.

Rodríguez Cañada, B. 1997. *Poesíaúltimísima. 35 voces para abrir un milenio*. Madrid: Libertarias-Prodhufo.

*Milenio. Últimísima poesía española*. Madrid: Celeste / Sial.

Villena, L. A. de. 1986. *Postnovísimos*. Madrid: Visor.

1992. *Fin de siglo (El sesgo clásico en la última poesía española)*. Madrid: Visor.

1997. *10 menos 30. La ruptura interior de la poesía de la experiencia*. Valencia: Pretextos.

VV.AA.2000. *Pasarlapágina. Poetas para el nuevo milenio*. N.º 4 de *Diálogo de la Lengua*. Cuenca: Olcades.

(1989) y *Halcón herido* (1993) son dos libros de desbordante humanidad en los que individualismo y universalidad se conjugan merced a la fuerza de la palabra; en su último poemario, *Demonio contra arcángel* (1999), la "fiera herida" de amor responde de nuevo con un vigor característico. También *Árbol de carne y luz* (1992), *Epístola a Carmen* (1993) y *Las flores de la lluvia* (1999), de Carmen Busmayor, pueden adscribirse a la "poesía de la experiencia" y al sentido elegíaco de la realidad en lo que tienen de visión de la vida como evocación ganada por la tristeza, si bien atemperada por algunos momentos de gozo o de esperanza. Y elegíaca es la voz -entre los más jóvenes- de Antonio Manilla (1967) que en las páginas de *Una clara conciencia* (1997) muestra una poesía de voluntaria sencillez y melodioso desarrollo para traer a sus versos los momentos luminosos y fugaces que perviven en el recuerdo. Dentro del amplio paraguas de la poesía figurativa hay que citar también a Andrés Trapiello, que ha cultivado con éxito un cierto postmodernismo (*neoimpresionismo*) caracterizado por la asunción modernista y noventayochista, por el cultivo de algunos *topoi* peculiares, por el uso de símbolos de ascendencia machadiana (jardines, crepúsculos, noches...), por el verso medido y la distribución estrófica..., siendo una muestra de esa vuelta general de la poesía española hacia la sencillez de las cosas y de la expresión, a un lenguaje más referencial, a un tono de carácter narrativo, a una poetización de la experiencia, a las estrofas y versos tradicionales.

En la poesía leonesa actual tiene cierta fuerza la poesía intimista, que poetiza generalmente la emoción amorosa, con ánimo ajeno a lo que sucede fuera del propio sentimiento. Es lo que sucede con la lírica amorosa de Amparo Carballo, que reunió su obra, como muestra antológica, en *Sin otra luz ni guía* (1999), o con Pilar Blanco, que, de *Voz primera* (1982) a *A flor de agua* (2000), urde su trabado mundo en torno al amor, la soledad y la memoria.

Junto a esta o estas líneas caudalosas se sitúan otras que hacen del lenguaje campo de reflexión, más que de emoción, de tensión estilística, de experimentación; la poesía será conocimiento, revelación o campo de maniobras. Las poéticas neopuristas e irracionistas se sitúan de este lado. Un ejemplo claro de la facilidad con que un poeta salta por encima de las demarcaciones críticas es Eugenio García Fernández, siempre en busca de la esencialidad poética, ajena al verbalismo gratuito, a la hojarasca, pero a la vez diáfano y sensorial. A la asunción y conocimiento de la tradición poética -que origina llamativas prácticas intertextuales- se suma todo un universo cultural que acoge el gozo de la pintura, de las ciudades con raigambre histórica, de la naturaleza; poesía culta la de Eugenio García, "mezcla de la vida y de los libros"; poesía de esencias, que basa en el sustantivo su capacidad expresiva y cifra en la brevedad la intensidad del goce estético; lucidez, rigor, precisión, búsqueda de la belleza, desde *Juegos de la memoria* (1989), afín a la estética novísima, a *Sombras de un verano* (1991), de raigambre en la tierra y en la memoria, y a *Una magia menor* (1998), libro en el que a las cualidades antedichas se une una especial sensibilidad para captar lo menudo en mínimas instantáneas de carácter neoimpresionista.

Un cierto purismo de tipo conceptual, con querencias minimalistas, ha cultivado Manuel Ballesteros, que tanto en *Invitación al viaje* (1995) como en *El amanecer de la alabanza* (1996) se alza hacia la abstracción, dentro de una concepción de la poesía como conocimiento y revelación. Concentración e intensidad son características también de la poesía de Ruth Toledano (*Paisaje al fin*, 1994; *Ojos de quién*, 1999), que ha hablado del "despojamiento esencial" que tiene que ver con "una parcialidad que trasciende". Trascendencia de la inicial percepción hacia la emoción o hacia la abstracción es también la poesía de María Fernanda Bolaños en *Celebración de la espera* (1999), aunque ajena a meros purismos o conceptualismos. Vamos cayendo así en la tendencia fructífera de la poesía metafísica o trascendente, que tiene en Colinas su mentor y maestro, y donde hay que colocar la obra de José Luis Puerto, salmantino afincado en León, con títulos tan significativos como *Estelas* (1995), *Señales* (1997), *Las sílabas del mundo* (1999) y *El Animal del Tiempo* (1999). También J. M. Gutiérrez -al que después me referiré- se sitúa en esta tendencia, con fuerte impregnación religiosa. Por su parte, Tomás Sánchez Santiago, zamorano que reside en León, se acoge a la tradición simbolista, pero en el ámbito moderno de un Claudio Rodríguez, por ejemplo, con atención -como el propio poeta ha subrayado- a lo que suele pasar desapercibido y la cautela frente a lo comúnmente aceptado, la búsqueda de una belleza esencial en todo...; entre sus obras poéticas destaca *En familia* (1994).

De muy otra manera es el proceso de eliminación llevado a cabo por Ildefonso Rodríguez, Ana Andrés, Eloísa Otero o Víctor M. Díez. El poema rompe aparentemente con el sentido unitario que se pide a una composición y se escribe en fragmentos; escritura fragmentaria, por eliminación de nexos sintácticos y semánticos; la coherencia del poema se rompe en una dispersión de imágenes; a cambio cada imagen, cada frase, cada verso, cada fragmento, está cuidadosamente construido. El poema, en su conjunto, se presenta ante la vista del lector co-

mo un objeto verbal incompleto, discontinuo, alusivo. En los *Tixtos de Melibea* (1986), de Luis Federico Martínez, leonés de La Robla, hay composiciones de un único verso que dan cuenta explícita de su ser inacabado. Sin llegar a esos extremos, el Ildefonso Rodríguez de *Mantras de Lisboa* (1986), de *Libre volador* (1988), de *La triste estación de las vendimias* (1988) o de *Coplas del amo* (1997), la Ana Andrés de *Como las hojas de los árboles* (1990), la Eloísa Otero de *Cartas celtas* (1995) y *Tinta preta* (1999) y el Víctor M. Díez de *Evaporado va* (1997) y *Oído en tierra* (2000), asumen el fragmentarismo como una forma de escritura que lleva, inevitablemente, a un cierto hermetismo, que en forma de neopurismo conceptual, abstracto, caracteriza también la poesía de Miguel Suárez (*De entrada*, 1986, *La perseverancia del desaparecido*, 1988; *La voz del cuidado*, 1994; *Luz de cruce*, 1997), navarro formado poéticamente en León, bajo el magisterio de Gamoneda, y dentro del llamado grupo vallisoletano (con Ildefonso Rodríguez, Miguel Casado, Olvido García Valdés, etc). El poema-fragmento busca su unidad en el poemario, como observamos, por ejemplo, en las brevísimas composiciones, de voz concentrada, que forman el poema mayor titulado *De la naturaleza del olvido* (1989), de Santiago Trancón, en los libros cuidadosamente estructurados de José del Río, *Polifonía* (1989) y *Berenice* (1991), o en *El retrato quebrado* (1996) de Mercedes Castro, un único poema “quebrado” en cuarenta y tantos fragmentos. Fragmentarismo y conceptualismo proceden de un tronco común, de Mallarmé, Eliot, Perse..., pero hay un maestro más cercano, Antonio Gamoneda, con su poesía fragmentada en “bloques” compactos, sentenciosa, creadora de silencios y de arrebatada perfección. El fragmentarismo moderno ha recibido diferentes explicaciones: escepticismo frente a los grandes relatos y a los valores tradicionales asignados a la poesía, alejamiento de una concepción global del mundo, sentido de transitoriedad, desconfianza en la razón...

De signo opuesto a estos procesos de eliminación es la línea que podríamos llamar de palabras en libertad desde un cierto irracionalismo o neosurrealismo, tendencia más o menos subterránea en la poesía española desde el 27, pasando por Cirlot, Carriedo, Labordeta, Martínez Sarrión... y que tuvo momentánea explosión en 1981 con el primer libro de Blanca Andreu, *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*. Imágenes sorprendentes, versos liberados de parte de las marcas tradicionales (rima, medida regular, disposición acentual), poemas en prosa, rupturas sintácticas... Quizá sea Luis Miguel Rabanal el más fiel seguidor de esta línea, un poeta que ya en sus primeros libros (*Variaciones*, 1977; *Obdulia azul*, 1980) ofrecía llamativos rasgos neovanguardistas y experimentales que, moderadamente, prosiguen en sus libros posteriores: *Labios de la locura*, 1983; *Cuaderno de junio*, 1984; *Rená, a solas con nosotros*, 1984; (*Técnicas*) *para abrazar un nombre oscuro*, 1985; *Palabras para Obdulia*, 1985; *La memoria buscando sus disfraces* (1986); *O podríamos amarnos sin que nadie se entere* (1989)..., hasta llegar a los profundos y tristes *Cáncer de invierno* (1998) y *La última vez* (2000). También Jesús Díez se desliza con facilidad por esta vía a través de un río de imágenes atrevidas y brillantes y elevándose con ellas de lo concreto a lo abstracto, del referente inicial al pensamiento poético; la poesía es un “vértigo de palabras”, tanto en el intimismo de *Aldabas de otro mar* (1989), como en la vivencia urbana de *Pentagrama de neón*, (1980), en los libros de regreso que son *Nogal de pergamino* (1991) y *Clepsidra de otoño* (1995) o en la luz y el gozo que exhibe en *Cariátides del sur* (1993). Esta veta surrealista llega incluso a la generación joven, de la mano, por ejemplo, de Víctor Crémer o de Marta-Esther Villa; el primero traza en *El viajero sospechoso* (1987) un mundo oscuro, hermético, en el que el viajero, con su equipaje de sombras, atraviesa el espejo de la noche por blancas galerías creadas por los vahos del alcohol, galerías por las que discurren fantasmas u obsesiones, alucinaciones, recuerdos en retazos...; Marta-Esther Villa es la autora de *Mes lunar* (1988), que lleva la impronta de César Vallejo, en un texto que se hace y deshace a través de abundantes reiteraciones que dan cuenta de una intuición inicial sobre la que se vuelve en oleaje siempre sorprendente, aunque, a mi modo de ver, la verdadera importancia del libro estribó en su momento en la aparición de una generación nueva en el ambiente poético leonés.

Algunas marcas deja también el surrealismo en la poesía de Julio Llamazares; él mismo declaraba en *Las voces y los ecos* (1980), al poco de aparecer *La lentitud de los bueyes* (1979), que su poesía era “esencialmente individualista e irracional, con apreciables influencias positivas del surrealismo”; pero lo surreal es sólo una de sus hebras y, así Julio López, en su antología de *Poesía épica española, 1950-1980* (1982), incluyó al poeta leonés dentro de la nueva épica, acaso por lo que su poesía tiene de rescate de una memoria colectiva, ancestral y mítica, mientras que, desde la forma métrica, el autor de *Memoria de la nieve* (1982) ha sido incluido por otros (Villena, en *Postnovísimos*, 1986) en la tradición del versículo, con precedentes en Claudel y Perse, y con influjos surrealistas. Pero el versículo, el poema “en bloques” y el tono salmódico estaban en un maestro más cercano, Antonio Gamoneda; desde él y a través de Llamazares pudo pasar a poetas como el José Carlón de *Así nació Tiresias* (1983) y *Los ojos del cielo, los labios del mar* (1985), dentro de un hermetismo de difícil sa-



lida que continuó en *El cenotafio de Newton* (1990). La tradición del versículo llega también al Antonio González-Guerrero de *El país de la nieve* (1996) y a Juan Carlos Mestre, cuyo atractivo como poeta reside en el cultivo de la fantasía de que hace gala en *La poesía ha caído en desgracia* (1992), convirtiendo a la poesía en el ámbito del misterio y de lo maravilloso, además de reducto -uno de los últimos que nos queda- de libertad; en *La tumba de Keats* (1999) dejó fluir la palabra libre en un largo poema en versículos en el que desde la tumba romana del poeta inglés convoca a otros muertos turbadores para descender al infierno de la propia vida, pero también del siglo que conoció Mathausen.

Al margen de estas y aquellas tendencias -y por eso frecuentemente olvidado- se sitúa Gustavo Vega, cultivador impertérrito de la poesía experimental, visual o concreta, cuya muestra puede verse en *Plaza del Buen Suceso* (1994) y en *El placer de ser* (1997).

La poesía leonesa tiene el campo abierto, no sólo porque los jóvenes empujan, sino porque lo hacen con originalidad, inaugurando nuevas maneras. En 1990 aparecían dos libros muy diferentes, pero igualmente admirables por su calidad. Uno, *La senda de los goliardos*, de José Manuel Gutiérrez, que puede considerarse, por edad, el punto de unión entre la generación de los ochenta y la generación más joven todavía, la que pueden representar, por poner algún ejemplo, Ana Isabel Conejo, autora del otro libro del que hablo, *Umbral*. José Manuel Gutiérrez vierte en su poesía una experiencia que busca trascendencia más allá de las fronteras del conocimiento humano, en la "música de otro territorio", con un sentido de religiosidad que no ahoga, sino que dilata hacia el misterio y la utopía lo que el hombre tiene de sabiduría y esperanza (añadamos *Razones para una isla*, 1993; *Las presencias*, 1995 y *Por un instante de belleza*, 2000). *Umbral* muestra, en cambio, un extraordinario vitalismo, que se plasma en la necesidad de expresarse, de gritar, de escribir, en el gozo de vivir en un espacio elemental y puro, natural y primigenio, con los astros desnudos arriba, la tierra debajo y el

hombre con todos sus sentidos abiertos a la dicha sencilla de ser, de existir en ese espacio en el que se pueden dirigir, a la Madre Tierra, al Dios Solar y a la naciente Luna, los ojos y esa voz incontaminada que anunciaba una senda nueva para las nuevas promociones de poetas. El título de su libro prestó a Ana Isabel apellido para su segundo libro, *Prisión o llama*, obra, pues, de Ana Isabel Umbral. Destacables son también los *Poemas de la inexperiencia* (1994) de María Ángeles Basanta, breves, intensos y alejados de la tradición “experiencial” más alabada por la crítica. Pero es el genio del poeta el que elige caminos y sabe desbrozarlos o variarlos, como el caso mencionado de Antonio Manilla, con *Una clara conciencia* (1997), voluntariamente dentro de la “poesía de la experiencia”, pero alejado, a la vez, de tópicos trillados. En estos dos o tres últimos años, la aparición de nuevos poetas jóvenes dan cuenta de la vitalidad de la poesía leonesa. Añadamos a los últimos citados otros nombres que ya nos han salido al paso: Víctor M Díez, que en *Oído en tierra* (2000) parece cerrar un ciclo en el que la distancia del sujeto poético respecto a la materia poetizada abocaba a una suerte de “objetivismo” o “neopurismo” en el que el rigor de la palabra sustantiva es quizá su cualidad más destacada; a Pablo Moldes, que en *Renacimiento* (1999) crea vacíos o huecos por medio no de la coordinación lógica de la frase, sino de las pulsiones del sentimiento; y a Ángel Rojo Fernández, autor de *Turienzo* (1999), libro en el que aúna las raíces personales con un poso de cultura clásica que no es impostación, sino entrañamiento.

Quisiera terminar afirmando algo así como una tradición leonesa de poesía; me refiero al hecho de reconocerse en la propia tierra y en los poetas de la propia tierra.

Julio Llamazares partió de su tierra natal para recrear o soñar un mitología personal y colectiva que aúna el tiempo real y el legendario a través de una simbología rural de ricas connotaciones y de gran poder evocador; Margarita Merino reconstruye poéticamente el dolor oscuro de su “capital del invierno”; Juan Carlos Mestre, Eugenio García y Jesús Díez retornan líricamente a un espacio vivido para recobrar por la memoria sus señas ancestrales en el caso de Mestre, los fantasmas de la infancia rural en el caso de Eugenio García, y un paisaje antes que nada, aunque unido también a la infancia, en el caso de Jesús Díez. *Antifona del otoño en el valle del Bierzo* (1986), *Sombras de un verano* (1991) y *Nogal de pergamino* (1991) son, sin duda, los tres libros más característicos del retorno hacia un tiempo y un lugar concretos para recuperar las propias señas de identidad; pero también en los poemas de Andrés Trapello, de Antonio González-Guerrero o de Adolfo Alonso Ares, se respira, en mayor o menor medida, paisaje leonés. Y como he dicho, podría hablarse de una tradición leonesa de poesía en cuanto que se busca un magisterio en los mayores y una comunidad de proyectos y amistad en los de una misma o parecida edad. No descubro nada si digo que buena parte de la poesía leonesa actual reconoce el magisterio de Antonio Gamoneda o de Antonio Colinas. Pero no es sólo la huella interna la que queda; los poetas leoneses gustan de exhibir esa tradición leonesa en sus textos creativos. Citemos el *Viaje al interior* (1986) de Margarita Merino con su mención sobreabundante de textos de la tradición leonesa en los que se reconoce, de los mayores a los afines en edad. Quizá no haya otro caso de inmersión tan consciente y voluntaria en la cultura literaria leonesa; pero, si no de forma tan apabullante, otros poetas han querido situarse como un eslabón más dentro de la tradición leonesa de poesía. La *Antifona...*, de Mestre, lleva citas de Pereira, Llamazares, Colinas, Gamoneda, Llamas, Carlón y Núñez Ursinos; *Nogal de pergamino*, de Jesús Díez, se esmalta con versos de Mestre, Gamoneda, José María Merino, Llamazares y Colinas. Son sólo algunos datos que convendría seguir de cerca.

